

# EL Colegial

M. R.

REVISTA INFANTIL  
(APARECE LOS VIERNES)



AÑO I  
1.º DE AGOSTO DE 1941.  
N.º 16

PRECIO  
\$ 1.

EL DESPERTAR DEL INDIO



## EL HUEMUL

(HIPPOCAMELUS BISULCUS)

Nuestro primer Naturalista Chileno, el Abate don Juan Ignacio Molina, fué el primero que se ocupó de este hermoso ciervo chileno y lo dió a conocer al mundo científico con el nombre de *Equus bisulcus*, parece que nuestro sabio lo confundió con un asno, error que con el andar de los años se corrigió.

En Chile han existido dos especies de ciervos, uno el Huemul y el Púdú el otro, desgraciadamente ambas especies en vías de desaparición, hoy día son muy escasos debido a la caza de exterminio de que son objeto.

Es una lástima que una especie tan importante no tenga una ley especial para que se le respete por el hecho sólo de figurar en nuestro escudo nacional, este hecho sólo, sería más que suficiente para que se dictara una ley de protección a favor de tan hermoso animal.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

(APARECE LOS  
VIERNES)

Castilla 6562  
—Correo 4—

Santiago de Chile.

# El COLEGIAL

PRECIO  
DEL  
EJEMPLAR:

**\$ 1.-**

SUSCRIPCIONES  
EN CHILE:

Anual . . . \$ 50.—  
Semestral . . . 25.—

Director - Propietario  
E. CARO

AÑO I

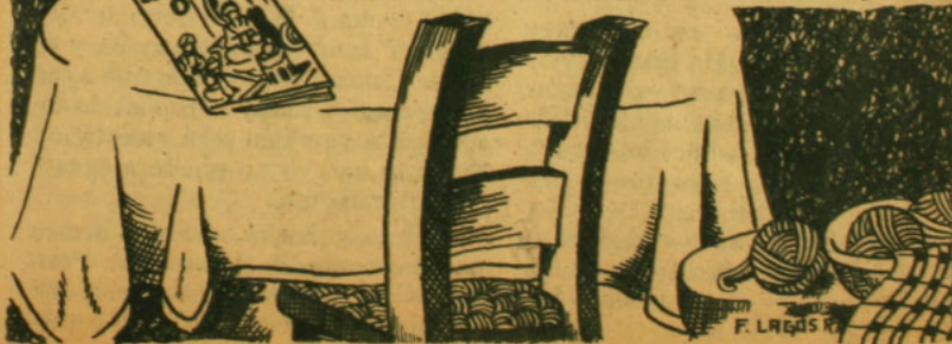
MI CHARLA DE HOY

N.º 16

Tal vez, queridos amiguitos, han oído ustedes hablar alguna vez del "inconformismo". La política parece que ha puesto de moda esta palabra. Pero no quiero referirme yo a su significado político que, además de ser estéril, se presta a mil interpretaciones. Quiero referirme a la palabra en sí misma. Inconformismo es más que nada un estado mental, o mejor, decir, un estado de ánimo irreflexivo. A veces no nos gusta eso o aquello, no sabemos por qué, pero no nos gusta, sencillamente. Y esta manera de ser se debe más que nada a falta de reflexión. Siempre nos parece que las cosas no debieran ser como son, sin considerar que no es posible ni conveniente que sean de otro modo. Y a propósito de esto, les contaré una historieta que puede ilustrar objetivamente esta idea.

Se cuenta que en cierta ocasión un campesino descansaba debajo de un nogal y desde allí divisaba una mata de zapallos enormes. El campesino se sintió picado por el dardo del inconformismo y exclamó en son de crítica: —¡Qué cosas más tontas tiene la vida! Unas guías huecas y débiles sostienen a esos enormes zapallos, mientras que un ramaje fuerte y sólido sostiene a esas pequeñas nueces! ¡Debiere de ser todo al revés!. En ese mismo instante le cayó una nuez en la cabeza. Y entonces agregó convencido: "¡Diablo, si en lugar de una nuez hubiese sido un zapallo!" Y desde entonces dejó de ser inconformista. ¡Hasta el Viernes próximo!

EL COLEGIAL



F. LABRÉS R.



**RESUMEN:** María y Walter dos niños hechos prisioneros del Sultán de Constantinopla son bien tratados, hasta el momento en que el niño se niega a abrazar el islamismo, por lo que fué castigado con crueldad y arrojado a una cuadra por orden del Sultán, donde va a verle su amigo Francisco, quién le da la grata nueva que dos misioneros van a rescatar a los esclavos. Estos le visitan y participan que ya está libre; pero él no se alegra por cuanto su hermana y el enano no podrán ser rescatados al mismo tiempo.

—¿No podrá facilitarnos alguna cantidad el capitán del barco? preguntó el Padre José.

—El Padre Martín respondió moviendo la cabeza:

—Ya podríamos darnos por satisfechos con que aguardara hasta llegar a Venecia para cobrar el precio del pasaje. Y Efraín, con quien hablé esta mañana, se niega a dar cantidad alguna mientras no tenga suficiente garantía que yo no le puedo ofrecer.

Al día siguiente, se dirigieron ambos al Palacio. De camino visitaron de nuevo al usurero Efraín. Hallábase allí casualmente Ahmet-Effendi que había ido a empeñar una cadena de oro que el Sultán le había regalado.

A las súplicas de los misioneros accedió Efraín a facilitarle lo que faltaba para completar la suma que exigían por Walter.

Junto con Ahmet-Effendi quien

les serviría de intérprete, siguieron su camino hasta el palacio. Con Abdulah no tardaron en cerrar el negocio. Leví anunciaría al Sultán a la mañana siguiente la muerte de Walter, y tan pronto como el inspector recibiera sus marcos, iría una canoa, una de las noches siguientes, al puerto de la punta del palacio para recoger al niño. Los religiosos muy contentos se dispusieron para ir a anunciar al niño su libertad.

Walter se encontraba en la pieza de Bayaceto, en la que era mejor alimentado y asistido, y ya enteramente bueno salió apoyado en un bastón, al encuentro de la ansiada visita.

—¡Oh, Padre Martín! ¡Al fin venís! ¡Ya véis qué bueno estoy ya! dijo.

—Muy bien, hijo mío, contestó el Rvdo. Padre Martín, pronto necesitarás de tus pies. Alégrate. Lo que te dije ha sido al fin posible.

—¿Soy libre? ¿Me habéis rescatado? exclamó Walter lleno de alegría. ¿Y también mi hermana y el pobre Conrado? Y Janos que ayer habló conmigo muy arrepentido de su pecado, también será rescatado? Si no es así, yo no puedo alegrarme enteramente.

—Hemos hecho cuanto hemos podido, contestó el anciano. Pero tú nos has costado tanto dinero, que me duele decírtelo, y ya no nos queda nada.

El Padre Martín dice a Walter que ya no les queda nada y que el Rvdo. Padre José deberá quedarse en prenda, y que en breve volverá para rescatar a su hermana y al enanito Conrado.

Al oír esta palabras, Walter dijo con energía:

—¿He de volver yo libre a mis padres quedándose aquí mi hermana? ¿Y a costa de la libertad del Padre José? No, no ha de ser así. Yo me quedaré aquí un año o más tiempo hasta que volváis a rescatar a María y a Conrado.

—Pero el dinero de tu rescate está preparado, y yo me he obligado a quedarme aquí, contestó el Padre José.

—Empléese ese dinero en el rescate del pobre Janos, o en otros esclavos, repuso Walter.

—No importa, decid a mi padre que no he querido dejar a mi hermana que Janos estaba en más necesidad que yo; mi padre no os dirá nada por el dinero.

—Pero si Abdulah ha dicho al Sultán que has muerto.

—Si Abdulah ha mentido, eso es cuenta suya y sabrá cómo ha de valerle.

—Es que el Sultán mandará atormentarte de nuevo, y quizás te quitaría la vida.

—No insistáis en esto. Rescatad a otro con ese dinero; sin mi hermana no quiero irme de aquí.

A la mañana siguiente estaba el pobre Conrado en uno de los numerosos patios del palacio de la Sultana, procurando consolar a la chica María que lloraba inconsolable. Sabía la niña que su hermano había sido cruelmente atormentado, y que le habían puesto entre los

más despreciables esclavos. ¡Cuántas lágrimas derramó la pobre niña! Sabía además, que deseaban rescatar a Walter, y, como es natural esperaba ser ella también redimida y conducida a su amada patria con sus padres. Ahora Conrado la informaba que no podía esperar semejante ventura, porque Walter se negaba a irse si ella no podía acompañarle.

—María, muy hermosa y muy noble es la conducta de tu hermano, no permitiendo que quedés abandonada. Ahora debes tú ser también generosa y pedirle que acepte la libertad que se le ofrece. Si se queda aquí peligra, pues una nueva resistencia y el Sultán nuevamente le haría azotar. Pero si se fuere, no dejará de volver él o el Padre Martín con dinero suficiente para rescatarte. Entretanto, yo me quedaré contigo y te consolaré.

Al oír estas palabras la niña lloró todavía con mayor violencia, pero en medio de su pena dijo resueltamente:

—Sí, Walter debe irse. Yo me moriré de pena, pero él debe volver a casa con mis padres. Y si cuando vuelvan por mí yo me he muerto, te podrán rescatar a ti.

Después de esta escena tan triste, fuese el niño a su puesto en la antecámara y esperó sentado, y ya creía que la Sultana no le llamaría aquella tarde, cuando alzándose la cortina de damasco que había en la puerta de la estancia de Fátima, se presentó una anciana mora que llamó al enano.

Entró Conrado al aposento en que estaba la Sultana, ésta le hizo señas para que se acercara y se sentara en el suelo detrás de una mampara bordada, diciéndole:

## Los Esclavos del Sultán



Hasán abrazó a su esposa y a sus hijos y saltando a la silla de un corcéel árabe, salió a la cabeza de sus guerreros.

—No quiero verte, enano, pero sí oír tus palabras, pues tu voz es dulce como la de un ruiñeñor.

—A tí te ha dotado Alá de hermosura como a la rosa entre las demás flores, y lo que es más, ha hecho tu corazón bueno como el de una madre, respondió Conrado.

—Yo también creo que tu corazón es mejor que tu rostro, dijo riéndose la Sultana. Y además te ha dado Alá talento, pues nunca he visto a nadie que como tú haya aprendido nuestra lengua con tanta perfección en sólo un año y sepa narrar tan bien como lo haces. ¿Qué nueva historia tienes hoy preparada para que luego yo pueda relatarla a mi vez?

—¡Oh, señora! Hoy quisiera contarle una leyenda mora, si es que a vuestra bondad le place.

—¡Una leyenda mora! No tardes, enano, en empezar, si me gusta, pídemela la gracia que quieras. He hizo señal a Conrado para que diera comienzo a su historia

—Muchos años hace, los moros se habían apoderado de una parte de España, empezó el enano.

“Sin duda has oído hablar, ¡oh princesa! del magnífico imperio que hay en el remoto occidente, donde los sultanes edificaron en aquel tiempo los más hermosos palacios. Vivía en aquel tiempo en un castillo que había pertenecido a un rey español, cierto Emir de los moros llamado Hasán. Tenía éste una esposa muy buena; su nombre era Zuleica, y dos hermosos hijos: un niño y una preciosa niña. Hasán dijo un día a su esposa: “Alá me ha colmado de dones: este castillo con los extensos territorios que le rodean y mucho corceles y guerreros, y el aprecio del Sultán, que me daría un castillo más hermoso y mayor número de guerreros, si yo se los pidiera. Pero una esposa como tú y unos hijos como Jusuf y Miri, no podría dárme los, si Alá me los quitara”.

(Continuará)

# Vergel INFANTIL

## FLORAL

Un corazón, es la rosa,  
en los vergeles dormidos  
y una fantástica espada  
hay al fondo de los lirios.

El aroma, en el paisaje,  
sus borlas suelta rendido  
y el clavel tiene el penacho  
de un Capitán herido.

Las violetas, temerosas,  
tienen su reino escondido  
y la amapola, sencilla,  
al cielo, pide un abrigo.

Los tréboles agoreros,  
brujos, suaves y mendigos,  
arrastran, devotamente,  
varias cruces en el camino...

Y las calas romanceras  
de corazón amarillo,  
con las hojas que se caen  
se forjan un abanico.

Y en este floral poema  
yo pongo dulzor y ritmo  
porque también, en mi alma  
hay flores: los versos míos!

MIREYA

## A MI LICEO

El Liceo de San Bernardo ha cobijado  
durante 28 años, con gran pasión,  
un gran número de cabecitas negras y rubias  
para que estudien y le brinden su admiración.

Nosotros los alumnos de este plantel  
estimamos al Liceo y a sus profesores  
porque ellos dedican su vida entera  
a que estudiemos nuestras lecciones.

Para ellos va este saludo cariñoso y humilde,  
por ellos tenemos este respeto y veneración,  
para que nunca dejen sus deberes para con el niño  
para que siempre lleven esta santa vocación.

Y por último, alumnos que me escucháis  
roguemos por nuestro grande y querido Liceo,  
para que siga siempre con su gloria  
hasta llegar tan alto como los inmortales ateneos.

## PIECITOS DE CENICIENTA

Le pedí al cielo una estrella  
para iluminar la huella  
que dejó tu planta breve.

Y se floreció el sendero  
con destellos de lucero,  
que disipó sombra alevé.

Huella de tu pie silente  
que presiona suavemente  
para imprimirse mejor.

Te habrás de esfumar mañana  
cual mariposilla ufana,  
que se emborrachó de sol.

Huellas que al pasar dejamos;  
y que jamás recordamos,  
del camino, flores son.

Piecito de Cenicienta,  
te buscaré cuando sienta  
penas en mi corazón.

MALVALOCA



ALVACO



# Lindor el

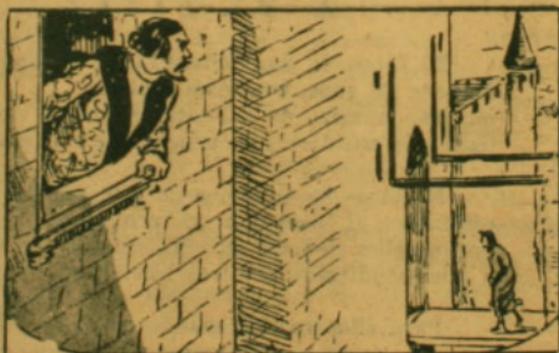
**RECUERDE:** Lindor, bajo la protección del buen mago Persídea, va en busca de la espada encantada y del guantelete mágico que le ayudarán a vencer al señor de Faunas, asesino y despojador de su padre. Después de haber llegado al Bosque del Peligro, Lindor descubre una laguna con una piedra sobresaliente encima de la cual ve el guantelete mágico. Pero, al ir a tomarlo, surge un espantoso dragón alado que revuelve el agua de la laguna.

## CAPITULO XVI



1. El joven Lindor dió un salto hacia atrás e instintivamente buscó refugio detrás de los árboles. ¿Qué hacer para apoderarse del guantelete mágico? De repente se acordó de la rosa que le había dado Eliana, la sacó de su pecho y la besó con ternura.

2. Al besar la flor, vió a la bella niña en su imaginación y sintió que su corazón se inflamaba de valentía y de amor. Y pensando que de nada le serviría la existencia si no llevaba a cabo lo que se había propuesto, se arrojó sin temor en la laguna.



3. Apenas el joven tocó el agua, el espantoso dragón se hizo humo. Luego Lindor vió que, sin saber cómo, tenía en su mano el guantelete mágico. Salió de la laguna, que había recobrado otra vez su transparencia y estrujó sus mojadas ropas en la orilla.

4. Mientras tanto, el señor de Faunas en su castillo aguardaba impaciente la visita de Malagesta, la reina de las brujas. Desde la ventana vió llegar por fin a la reina de las brujas y al momento bajó para ir a encontrarla en el patio del castillo.

# Menestral



5. Ansiosamente el señor de Faunas preguntó a Malagesta: —¿Qué hay? ¿Ha perdido por fin ese miserable menestral?—¡No! respondió Malagesta haciendo un gesto de rabia. Un mago más poderoso que yo protege la vida de Lindor. El menestral ha esquivado todas mis tretas y ahora está más vivo que nunca y se ha apoderado del guantelete de hierro.



6. ¡Maldición! exclamó el señor de Faunas. ¡Todo se ha perdido! —¡Todo no se ha perdido todavía! rugió la bruja. Vamos a vuestras habitaciones para hablar con más calma. Poco después, Malagesta y el señor de Faunas se hallaban sentados en uno de los gabinetes del dueño del castillo. —Ya le tengo preparada otra trampa segura, dijo Malagesta.



7. ¿Y se puede saber qué trampa es esa? preguntó el señor de Faunas lleno de curiosidad. —Os la diré, respondió Malagesta. Lindor posee el guantelete y anda ahora en busca de la espada. Yo haré que una de mis brujas se convierta en un pastorcillo y se haga amigo de Lindor. En seguida, el falso pastorcillo invitará al menestral a que lo siga.



8. El falso pastorcillo le dirá que él conoce el sitio donde se encuentra la espada encantada. Pero en vez de conducirlo a ese sitio lo conducirá a este castillo por un pasaje secreto. Al atravesar una puerta encortinada, vos le daréis entonces el golpe de gracia por la espalda. Lindor no tendrá tiempo de llamar a Persides en su socorro...

(Continuará)



# Los Dos Huérfanitos

**RECUERDE:** Damián y Paulina desahucen que son huérfanos y que han sido recogido por un matrimonio de peonados. Abandonan la casa para ganarse la vida por sí mismos. Durante el viaje encuentran a un pobre hombre mostrando quien les confía una fortuna oculta en el forro de una chaqueta. Los niños prometen entregar la chaqueta a un herrero en Santiago. En la capital saben que el heredero se ha ido a las minas de Lota y lo van a buscar al sur. Llegan de noche y son salvados milagrosamente de un derrumbe producido en una mina abandonada. Un hombre llamado Martín paga para que los niños se hospeden en la casa de la patrona de su cuñadería. Mientras tanto, Celestino y el ché Desiderio, dos ladrones, preparan un golpe para robar la chaqueta con la fortuna escondida en sus forros.

## CAPITULO XVI

Como a eso de las nueve de la noche, Martín llegó a la cocinería de doña Juana. La patrona creyó que el señor Martín le hablaría algo respecto de los dos niños y sabría así por qué se interesaba tanto por ellos. Pero el señor Martín era hombre de pocas palabras y, después de cambiar algunas frases con la patrona, ésta tuvo que convenir en que había quedado tan enterada como antes, del asunto.

Antes de ir a dormirse, preguntó a doña Juana:

—¿Siguen bien los niños?

—Sí. ¿Quiere verlos?

—Bueno. Mirádoles la cara verá si se restablecerán pronto. No se necesita ser médico para averiguar eso.

Cuando Martín entró en el cuarto de los huérfanitos, Betún, el fiel guardián de los niños, se puso a gruñir amenazadoramente.

—¡Diablo! murmuró Martín; no había pensado en esto.

Y después de reflexionar un momento, se volvió a la patrona y le dijo:

—Pero, ¿cómo ha podido dejar usted ese perro aquí? Debería estar en otra parte. ¿No ve usted que molestará el sueño de los niños? ¿No le dijo nada el médico?

—No, señor Martín. Yo quise sacarlo de aquí; pero los niños me suplicaron que les dejara el perro y yo no quise contrariarlos.

—Malo, señora Juana. Ese perro puede ponerse a ladrar durante la noche y despertaría sobresaltado a los niños. Eso les aumentará la fiebre. Supongo que no querrá usted que los niños se mueran en su casa...

—¡Oh, no, cómo se le ocurre! exclamó la patrona muy excitada ante semejante suposición que le parecía ya una intolerable realidad.

—Entonces saque este perro de aquí y mévalo en cualquier parte... en la cocina o donde sea...

—Sí, señor Martín, eso haré ahora mismo. Lo llevaré a mi pieza. Como ahora no dormirá aquí la sirvienta, el perro me servirá de guardián. Nunca le he temido a los ladrones; pero ahora, no sé por qué, no estoy del todo tranquila.

—Son los nervios, señora, la responsabilidad de tener bajo su techo a esos dos niños...

—Sí, eso debe de ser.

No fué tarea fácil sacar de allí a Betún. El perro mostraba los dientes y la señora Juana tuvo que llevárselo casi en brazos y haciéndole muchas caricias. Damián y Paulina se despertaron a la bulla. Pero doña Juana les dijo con voz firme, pero en tono persuasivo, que el médico había dado orden de proceder así.

—Ahora duerman ustedes bien y mañana les devolveré el perro, niños. ¿Quieren un poco de leche? ¿No? Bueno, de todos modos les dejaré un jarrito por si sienten sed durante la noche. ¡Buenas noches y que duerman bien!

—¡Buenas noches, señora!

Cuando Paulina y Damián se quedaron solos, Damián dijo a su hermana:

—¿Tienes ganas de dormir?

—No muchas..

—Y yo creo que no podré pegar los ojos en toda la noche, sobre todo ahora que se llevaron a Betún. ¿Por qué no dijo nada el médico hoy temprano? No me parece natural...

—¿Y qué te parecen esos dos maleantes que, según veo, nos han vuelto a encontrar?

—¡Celestino y su compinche! No cabe duda que tratarán de apoderarse de la chaqueta para sacar el dinero escondido en el forro. ¡Pero no saldrán con la suya! exclamó el niño enderezándose en la cama.

—¡Si no se hubiesen llevado a Betún! murmuró Paulina con melancolía. ¿Quién nos defendería ahora si alguien nos atacara?

—¡En ese caso gritaríamos pidiendo socorro!

—Siempre que los bandidos nos dejaran tiempo para ello, objetó Paulina con pesimismo. Antes de que llegara gente ya los ladrones se habrían marchado con la chaqueta y la fortuna...

Damián, que parecía no haberse hecho tales reflexiones, pareció aturdido y murmuró:

—¿Qué haremos entonces? Te confieso que empiezo a sentir miedo. Si viniesen esta noche, por ejemplo...

—Son muy capaces. Pero no temas, Damián. Si te he hablado de todas estas cosas que tú no habías tomado en cuenta, es que encontré un medio de desbaratar las maquinaciones de esos dos maleantes.

—Sería una cosa terrible que, después de haber hecho nosotros tan enorme recorrido para venir a entregar la fortuna del viejo caminante, la vieja chaqueta fuera a parar a manos de esos dos bribones. ¿Por qué no dejaría el médico que viniese a hablar con nosotros a Gastón Ramos Barrientos?

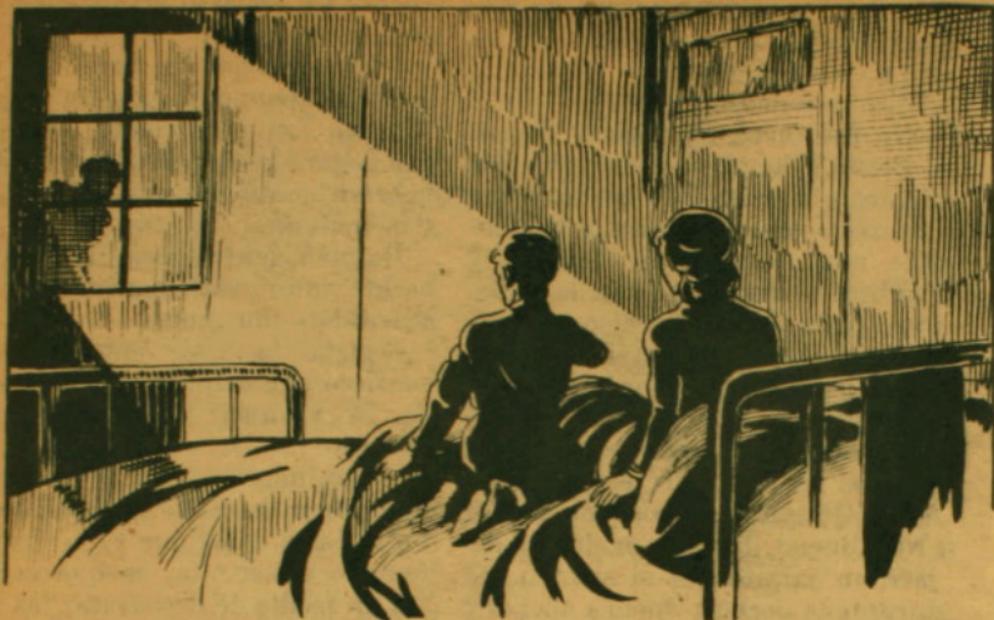
—Bueno; eso ya no tiene remedio. Ahora sólo debemos cuidar de la fortuna que tenemos en depósito. Mi idea...

—Díla pronto, Paulina, que me consume la impaciencia, declaró Damián.

—Se me ha ocurrido descoser el forro de la chaqueta, sacar el dinero y guardarlo debajo del colchón hasta que venga a vernos el hijo de la señora Barrientos.

—Es una idea maravillosa, hermanita, exclamó Damián entusiasmado. Y yo quiero completarla...

En seguida, como si temiese ser oído por alguien, se inclinó a la ore-



El ruido del cristal cortado despertó sobresaltados a los huerfanitos.

ja de Paulina y le habló en voz baja. Mientras la niña escuchaba en sus labios se dibujaba una sonrisa y por fin exclamó:

—Creo que tienes razón, Damián. Hagamos lo que tú propones.

Los niños se levantaron y después de haberse asegurado de que toda la casa estaba tranquila, Paulina encendió una lamparita de parafina que estaba sobre una mesita. En seguida buscó en los cajones de un armario y encontró todo lo necesario para coser: hilo aguja, tijeras...

Sentados en el borde de la cama de Paulina, mientras el niño sostenía la vieja chaqueta, la niña, con mano un poco trémula, empezó a descoser el forro de la prenda de vestir. ¿Qué irían a encontrar bajo la costura? ¿Alguna gran suma de dinero? Y en el momento de pasar su mano por el agujero practicado en el forro, Paulina vaciló.

—¡Busca, no más! la animó Damián.

Paulina metió la mano y sacó un paquetito. Lo desenvolvió y halló que allí había diez billetes de cien pesos.

—¡Mil pesos! murmuraron ambos huérfanos.

Se quedaron mirando un momento, casi asustados. Luego Damián metió a su vez la mano en el forro de la chaqueta y sacó dos paquetitos... luego otro y otro. Todos estaban cuidadosamente envueltos y los billetes se veían estirados, aplanchados con toda prolijidad para que hiciesen el menor bulto posible.

Llenos de emoción, Damián y Paulina se pusieron a contar todo aquel dinero y hallaron en total, la para ellos cuantiosa y enorme suma de diez y seis mil seiscientos cincuenta pesos. Aturdido, mareado a

la vista de tanto dinero, Damián levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¿Quién hubiese creído que aquel viejo vagabundo era casi un millonario?

—¡Qué hermoso golpe habría sido para los dos maleantes si nos hubiesen quitado la chaqueta, exclamó Paulina pensando en Celestino y en el ché Desiderio.

Apresuradamente volvieron a hacer los paquetitos tal como estaban antes y los escondieron entre el colchón y el sommier del catre de Damián. En seguida Paulina, con toda celeridad empezó a coser de nuevo el forro descosido después que su hermano sometió la chaqueta a varias manipulaciones de su invención. Y cuando todo estuvo terminado, Damián apagó la lámpara y al poco rato ambos hermanos dormían profundamente, agobiados por el esfuerzo que habían hecho.

Hacía ya dos horas que Damián y Paulina se habían quedado dormidos. Al principio su sueño había sido pesado, pero luego se había producido la agitación causada por la fiebre que se había apoderado de sus cerebros sobreexcitados.

La campana de una iglesia tocó las doce de la noche. Junto al pequeño enrejado de madera que cerraba el jardín del frente del edificio de la cocinería, dos sombras se movieron. Aquellas dos sombras pertenecían a los cuerpos de los dos bribones llamados Celestino y ché Desiderio.

Mientras Celestino tomó colocación en un sitio estratégico para vigilar el camino, el ché Desiderio saltó por encima del pequeño enrejado y se deslizó hasta una de las

ventanas laterales. Era la ventana que daba a la habitación donde dormían los huerfanitos. Con la paciencia y delicadeza que le eran habituales, ché Desiderio empezó a maniobrar con sus "herramientas" hasta que logró su propósito de cortar uno de los vidrios. Pero los niños no estaban ya bien dormidos como al principio y el chirrido del vidrio cortado despertó a Paulina.

La niña se quedó escuchando. Entonces comprendió que alguien había al otro lado del postigo de la ventana y estaba tratando de abrirlo. Llena de temor, Paulina se levantó y se acercó a la cama de su hermano.

—Damián, Damián, despierta! le susurró en el oído mientras lo remecía.

—¿Qué hay, preguntó el niño despertando.

—¡Chit! susurró Paulina. Alguien quiere abrir el postigo de la ventana. ¡Son los ladrones, Damián! ¡Vamos, vámonos calladitos!

Paulina se puso a vestir a obscuras y su hermano la imitó.

—Salgamos al vestíbulo y esperemos allí, murmuró Paulina.

—¿Y si le avisáramos a la señora Juana? dijo el niño en el mismo tono.

—No serviría de nada. ¿Qué podría hacer ella contra dos bandidos armados de cuchilla? La asesinarían y, tal vez, también nos asesinarían a nosotros.

Salieron de la pieza, cerraron la puerta con llave para impedir que los bandidos pasaran al vestíbulo. Tenían casi la completa seguridad de que los bandidos se irían una vez que se apoderaran de la famosa chaqueta...

(Continuará)

# HISTORIA GRÁFICA



105. En Febrero de 1580, a los ochenta años de edad, murió don Rodrigo de Quiroga, ese "viejo roble de la conquista" como lo ha llamado con toda propiedad el historiador chileno Daniel Riquelme. Un testigo de su vida, asegura que no se le conoció ningún vicio.



106. Abierto el testamento de Quiroga, se halló que don Martín Ruiz de Gamboa era designado gobernador. Ruiz de Gamboa trató de mejorar la condición de los indios liberándolos de su categoría de esclavos. Pero tan buenos propósitos resultaron estériles.



107. En el comienzo del gobierno de Ruiz de Gamboa murió pobre y lleno de deudas, el insigne capitán, compañero del gran Valdivia, don Francisco de Aguirre, fundador de ciudades argentinas y gobernador de Tucumán. Todo lo había gastado, hasta su vida, en servicio del rey.



108. Ruiz de Gamboa fué reemplazado por don Alonso de Sotomayor que gozaba fama de ser un experto estratega. El rey lo escogió para que pusiera fin a las guerras de Arauco. Sin embargo, después de nueve años de lucha con los araucanos, no había logrado su propósito.

# DE CHILE



109. Sin embargo, durante su gobierno, el piloto Juan Fernández apartándose del rumbo acostumbrado en los viajes del Callao a Valparaíso, lo que constituía una hazaña en esos tiempos, descubrió las islas que ahora llevan su nombre. ¡Valioso descubrimiento!



110. También durante el gobierno de Sotomayor, tuvo lugar un ataque del corsario inglés Tomás Cavendish al puerto de Quinteros; pero el corsario fué derrotado, sufriendo la pérdida de doce hombres, seis de los cuales fueron ahorcados públicamente en Santiago.



111. En 1592 don Alonso de Sotomayor fué separado del mando para ser reemplazado por don Martín Oñez de Loyola, pariente del famoso fundador de la Orden de los Jesuitas, San Ignacio de Loyola. Además, don Martín se había casado con una princesa peruana.



112. Al año siguiente llegó a Valparaíso otro corsario inglés, Ricardo Hawkins, que dijo venir con objetivos científicos; pero en realidad se apoderó de varios buques de carga y se fué en seguida. Esto vino a aumentar más la pobreza que reinaba en Chile.

(Continuará)

# Viajes de Juan Sebastián de Elcano



## CAPITULO I

### Los Expedicionarios

Era una calurosa tarde. Por una callejuela de Sevilla, con paso firme y solemne, avanzaba un hombre ya entrado en años, alto, robusto, de curtida faz y noble presencia. De trecho en trecho levantaba los ojos para mirar hacia el extremo de la calle. Se detuvo un momento antes de doblar ésta, y después, como sacudiéndose una pesadilla, avanzó con más resolución y se metió decidido en una grande y muy concurrida hostería. El hostelero que se hallaba en el patio con algunos de sus huéspedes, al verle entrar, se adelantó a recibirle con halagüeño semblante.

—¿Venís a buscar alojamiento? preguntó.

—Soy vecino de esta ciudad, respondió el recién llegado.

—¿Qué deseáis?

—¿No se hospeda aquí el gran marino portugués Fernando de Magallanes?

—Sí; para honra de la mejor hostería de Sevilla.

—Desearía hablar con ese caballero.

—Está ocupado con un señor muy amigo suyo, y tratando, sin duda, de los grandes proyectos que pretenden realizar.

—No importa; id a decirle que hay aquí un español que se viene a poner a sus órdenes. ¿Necesitaré ir yo mismo?

—No os molestéis; yo estoy aquí para servirlos.

El hostelero, ante la voz autoritaria y la decisión de aquel hombre, y acostumbrado a complacer a los que allí entraban, obedeció sonriente, y subió en busca de Magallanes.

A los pocos momentos, se asomó a lo alto de la escalera y dijo:

—Podéis subir, caballero. El señón os recibirá con gusto.

Nuestro hombre se acercó a la puerta en el momento en que la abrían y salían por ella dos personajes. Uno de ellos dijo en voz alta:

—No temáis ni desconfíes, Ruy Falerio; las grandes empresas requieren sacrificios. Esta colmará los deseos que tantas veces hemos acariciado, adiós.

Luego dirigiéndose al desconocido le hizo pasar.

Los dos penetraron en la estancia. Magallanes se acomodó en un sillón y señaló otro a su visitante, a quien interrogó:

—¿Qué deseáis?

—Servir a Dios y a mi Patria a la sombra de vuestra insignia.

—¿Conocéis el objeto de mi expedición?

—Sí, señor, es el de hallar por el

occidente una ruta más corta para las Indias.

—¿Y habéis meditado en las tremendas dificultades a que se exponen los que a tan arriesgada empresa se aventuran?

—Todo eso es llano y hacedero para el que en Dios confía y lleva un buen capitán.

—Veo que sois hombre de corazón, dijo Magallanes, algo sorprendido con tales contestaciones. Luego prosiguió:

—Basta observaros un momento para comprender que sois hombre de mar y no un marino cualquiera. ¿Por dónde y por quién habéis navegado?

—Casi pudiera deciros que soy hijo de la mar, pues en ella viví desde mi infancia; ya dedicado a la pesca en el Golfo de Gascuña, ya luchando contra los árabes en estas costas del Mediterráneo. No ha muchos años tuve a mis órdenes una nave de más de doscientas toneladas en la expedición que el Cardenal Cisneros hizo al Africa.

—¿De dónde sois?

—De Guetaria.

—¿De Guetaria!

—Sí, señor, Guetaria es una villa marítima de Guipúzcoa.

—No recordaba ese pueblo.

—Hoy apenas le conoce nadie; pero sus hijos trabajarán para hacerlo glorioso.

—Acepto con gusto vuestros servicios. Anotaré vuestro nombre entre algunos otros que ya se inscribieron. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre de pila es Juan Sebastián de El Cano, y yo así firmo siempre. Pero mis camaradas me han llamado hasta el presente y me seguirán llamando: Sebastián de Elcano.

Magallanes escribió el nombre

rápida y agitadamente. Se levantó después, y alargando la mano al visitante, le dijo con efusión:

—¡Elcano, Elcano! Mil veces he oído vuestro nombre y otras mil os he oído ponderar. Seréis mi amigo, más bien que mi súbdito. No necesitáis explicaros más, conozco vuestro acerado temple. Los marinos que con vos fueron al Africa pregonan vuestra valentía y la generosidad de vuestro pecho. Desde este instante quedáis nombrado maestre de la nave Concepción, que irá a las órdenes del hidalgo Gaspar de Quesada. Voy a extenderos el nombramiento.

Y Magallanes, retirando de sobre la mesa varias cartas marinas, un globo terráqueo y otros útiles de náutica, extendió sobre un pergamino el citado nombramiento.

Apenas El Cano salió a la calle con el título de su nueva autoridad, se sintió más grande y con nuevas aspiraciones. La alegría le rebosaba en el corazón.

Siguió su camino, y se fué hacia donde solían reunirse sus compañeros de mar a distraer el ocio.

Cruzó un portalón y se metió en un patio, donde reinaba gran animación. Allí charlaban oficiales y marineros, en distintos grupos. Apenas le vieron entrar, cesó la charla y uno de ellos le dijo:

—Elcano, ¿has cumplido lo que prometiste ayer?

—Sí, respondió El Cano; este pergamino lo dirá. Yo siempre cumplo mi palabra.

La noticia del alistamiento de El Cano y su título de maestre de la Concepción se extendió rápidamente entre los circunstantes. Algunos de ellos dieron allí mismo sus nombres para acompañarle en la empresa, otros alegaron que ya lo



¡El Cano, El Cano! Mil veces he oído vuestro nombre y otras mil os he oído ponderar. Seréis mi amigo, más bien que mi súbdito.

decidirían más tarde, y no faltó quien dijera atrevido:

—Vas a las órdenes de un portugués desechado por su Rey.

—También desecharon a Colón, dijo El Cano. Además, que ese portugués y otros que le secundan, son súbditos de nuestro Emperador, y en honra de España redundará la gloria que alcancen.

—Yo soy griego, pero mañana mismo me inscribiré entre los que vayan con Magallanes, dijo un joven rubio y bien apuesto.

—En tales empresas, siguió El Cano, todos somos unos, militamos a las órdenes de un mismo Rey, y por extender su nombre exponemos la vida.

La expedición de Magallanes era poco halagüeña, y no se encontraban muchos voluntarios.

El embajador portugués y el agente Sebastián Alvarez, ponían obstáculos a sus compatriotas. A pesar de esto, Magallanes se multi-

PLICABA contratando gente y activando la organización de la flota, sin desmayar un instante. Los demás oficiales le secundaban con empeño. Así que uno de los primeros días de Agosto, paseando el héroe portugués a orillas del Betis, decía henchido de satisfacción al capitán Luis de Mendoza:

—Confío en que Dios coronará mi empresa, pues ya veo balancearse sobre las aguas a las cinco naves casi completamente equipadas.

—Todo tiene fin en este mundo, respondió Mendoza, incluso las dificultades que oponía la Casa de Contratación y las intrigas de los envidiosos; aunque entre los alistados van algunos que no son muy de fiar.

—Por buenos me los ofrecieron y por buenos los tendré, mientras no demuestren lo contrario con sus obras.

(Continuará)

Apropiado para niño de 10 a 12 años es este simpático pull-over y muy fácil de ejecutar porque se teje sin aumentos ni disminuciones.

**Material:** 300 gramos de lana de 4 hebras color arena; dos palillos de 2 ½ ml., de diámetro.

**Puntos empleados:** Punto elástico 1 y 1 (base de la prenda, puños): 1 p. der., 1 p. rev. Punto jersey (resto del trabajo): 1 f. der., 1 f. revés.

**Delantero:** Comenzar por la base, Montar 90 p. y tejer 7 cms. en p. elástico y comenzar el cuerpo en p. jersey. En el curso de la 1.ª f. hacer a interv. regul. 36 v. un aum. de 5 p. Sobre los 126 p. así obtenidos tejer 5 cms. rectos, luego hacer en cada extremo del trabajo 2 v. un aum. a 7 cms. de interv. Continuar en línea recta. A 45 cms. y ½ de altura, cerrar los 8 p. del medio para el escote. Terminar cada lado separadamente cerrando para el escote, después de los 8 p. del medio, a 1 f. de interv. 3 vee. 3 p. Cerrar juntos los p. restantes.

**Dorso:** Tejer un trozo igual modificando solamente el escote. Para esto, a la misma altura del delantero, cerrar no los 8 p. en el medio del trabajo, sino 14 p. y de cada lado de éstos 14 p. una vez 8 p.

**Manga:** Comenzar por la base. Montar 46 p., tejer 6 cms. en p. elást. y comenzar el p. jersey haciendo en el curso

de la 1.ª f. 40 v. un aum. de 1 p. (86 p. en total). Hacer en seguida a cada extr. del trabajo 5 v. un aum. a 5 cms. de interv. A 52 cms. de alt. cerrar juntos todos los p. Se harán 4 fuelles, c. u. de 7 cms. de lado. Dos se fijan al escote, uno de c. l. en la prolongación de la costura del hombro. C. u. de los otros dos a la altura de la costura de la manga, haciendo coincidir las letras que fig. en el molde. Para c. u. de estos fuelles montar 26 puntos, tejer 7 centímetros y cerrar los puntos.

**Unión:** Hacer las costuras de las mangas dejando la parte alta abierta sobre 7 cms. en una de las orillas. Incrustar en este sitio uno de los fuelles, luego el otro guiándose por el molde. Hacer las costuras de los hombros dejando cerca del escote el espacio necesario para colocar el fuelle. Doblar éste por la mitad hacia el interior, luego levantar los p. del escote desde un fuelle hasta el otro doblándolo sobre aproximadamente 3 ½ centímetros.



## RECETAS

### Papas con huevo

(Especial para plato de Viernes)

Se eligen papas grandes y se ponen a cocer con cuero. Una vez cocidas y frías, se pelan y con una cucharita se les saca comida formando una tacita. Se coloca ahí un pedacito de mantequilla, se le quiebra un huevo fresco, se espolvorea con queso rallado y se ponen al horno hasta que el huevo esté cocido.

### Crema Chantilly

La leche cruda se deja reposar en lugar fresco durante algunas horas. Se saca en seguida la crema, o sea la gordura de la leche, haciendo uso de una descremadora. Esta crema que en un principio es muy líquida debe dejarse algunas horas al hielo hasta que espese, y entonces se bate con un batidor para batar clara, se le agrega azúcar al gusto y un poquito de vainilla.



**RECUERDE:** Santiago Merande, su tío materno Juan Salvere y su amigo de colegio Gabriel Montrose, van al África en busca de un tesoro escondido por Felipe Merande, tío paterno de Santiago. Dos antiguos y fieles servidores negros de Felipe Merande sirven de guía. Tienen encuentros con tribus feroces, pero logran salir vencedores hasta que se encuentran con los bandidos que mataron a Felipe Merande. Los expedicionarios se baten con los bandidos y logran tomarlos prisioneros. Constituidos en tribunal, condenan a muerte al inglés Stanton y al alemán Slutter. Ambos se escapan; pero son alumbrados por los reflectores giratorios. Al verse descubierto, Slutter decide entregarse prisionero otra vez, con la esperanza de volver a escapar. Pero Stanton prefiere morir allí mismo y pone su pecho a las balas enemigas. Cae acribillado.

#### CAPITULO XIV

La muerte de Stanton fué un nuevo motivo para que Slutter decidiera alzar bandera de parlamento. No quería morir allí como una fiera acorralada. Amarró la faja blanca al cañón de su carabina y aullando con toda la fuerza de su garganta no tardó en atraer la atención sobre sí.

Un cuarto de hora más tarde, el último bandido se presentaba en el campamento donde fué amarrado, esperando el momento de hacer cumplir la sentencia de muerte.

Pero Slutter no había renunciado a toda esperanza de salvación. Si durante la noche lograba burlar la vigilancia de sus guardianes y llegar más allá de la línea de sitio,

hallaría ante él una extensión libre. Slutter, hecho a la dureza de su vida aventurera en el desierto y en los bosques, tenía una agilidad sorprendente para correr. Con trescientos metros de ventaja, nadie podría alcanzarlo y... ¡se vería libre!

De pronto se descargó una de esas tormentas africanas que parecen surgir repentinamente y se van tan inesperadamente como llegan. Envuelto en un cuero de buey, Slutter trabajaba con el mayor sigilo, en el más grande silencio. El bandido tenía un cuello excepcionalmente largo y flexible, dientes agudos y sabía accionar con suma destreza.

Al cabo de un tiempo había conseguido aflojar dos correas alrededor de su pecho y de sus brazos. Haciendo un esfuerzo logró sacar la mano derecha. En seguida, con habilidad consumada, deshizo sucesivamente varios nudos y sus movimientos quedaron libres.

Pero había que hacer todavía lo más difícil: debía romper la vigilancia de dos guardianes acostados a su izquierda y a su derecha. La tormenta alcanzaba su máxima fuerza y, a cada trueno, Slutter hacía un pequeño movimiento y, poco a poco, su cabeza y toda la parte superior del cuerpo fueron saliendo del cuero de buey a la luz de los relámpagos. Slutter podía examinar los alrededores del terreno. Si

podía lanzarse hacia afuera, creía tener nueve probabilidades sobre diez para escapar. Sabía perfectamente que podía confiar en la velocidad de sus piernas, pues muchas veces había salvado el pellejo gracias a ellas. Pero, a pesar de todo, vacilaba... De pronto su mano tentó el mango de un cuchillo. Entonces, en el espacio de un cuarto de segundo se apoderó del arma y saltó fuera de su abrigo.

Instinto, o casualidad, el hecho fué que Slutter tomó el camino más corto para salir fuera del recinto. Lanzando un suspiro de alivio, se halló de pronto ante una de las salidas y se lanzó al exterior, corriendo con la velocidad de un onagro a través de la libre extensión.

Los dos guardianes habían despertado de improviso, sin darse perfecta cuenta de lo que ocurría en medio de las tinieblas. Y transcurrieron varios minutos antes que un nuevo relámpago viniese a alumbrar la escena. Al momento los guardianes dieron la alarma y el clamor se propagó a través del campamento. Pero Slutter había transpasado ya el recinto, cuando los guardianes, los demás negros y los blancos se dieron cuenta de lo sucedido. Salvere vacilaba en dar órdenes. ¿No sería mejor dejar que el destino hiciera su obra? Santiago en un principio tuvo la misma idea. Pero la rechazó en seguida; ahora que el asesino tenía una probabilidad de escapar, acudían a su mente las palabras de su tío que clamaba venganza y le parecieron más sagradas que nunca. La intervención de Montrose vino a dar fuerza a su resolución.

—¡Hay que dar caza al fugitivo! exclamaba Gabriel. Es un peli-

gro... Mañana puede alzar contra nosotros una tribu entera de negros feroces, contándoles que nosotros andamos en busca de un "tesoro". Volveríamos a luchar, a perder más vidas... ¡No, no, hay que atraparlo!

Y sin esperar la aprobación de sus dos compañeros, echó a correr saliendo del recinto. La tormenta iba decreciendo; los relámpagos brillaban más débiles y con menos frecuencia. Pero varios de ellos sirvieron para orientar a Montrose. Hacia el norte, como a quinientos metros, Slutter corría velozmente a través de la tierra mojada. Malek, Kunú y Niembé, que habían sido los primeros en salir en persecución del fugitivo, seguían detrás perdiendo terreno.

—¡Diablo, ese hombre parece un campeón pedestre!

Y redoblando sus esfuerzos, Montrose continuó también su carrera. Durante tres minutos por lo menos todo quedó sumido en tinieblas; pero el joven deportista seguía corriendo guiado por el instinto. Y mientras corría recordaba que había sido campeón formidable en las maratones y cross country del colegio.

Cuando de nuevo un relámpago iluminó la noche, vió que la distancia entre él y el fugitivo había disminuído como doscientos metros por lo menos. Esto le dió más ánimo y aceleró más la carrera. Pronto Montrose dejó atrás a los negros.

Mientras tanto, Santiago Merande había subido al mirador y desde allí trataba de apuntar al fugitivo a la luz de los relámpagos. Pero era difícil dar en el blanco en semejantes condiciones. Y cuando por fin don Juan Salvere encendió el re-



El fugitivo buscó refugio a la luz de los relámpagos.

flector, ya el fugitivo estaba a más de un kilómetro de distancia. Además, Slutter acababa de desaparecer detrás de un promontorio del terreno.

Gabriel Montrose proseguía la persecución de un modo implacable, infatigable. Slutter se dirigía ahora hacia un bosquecillo rodeado de matorrales donde podría hacerse invisible. Y todo el esfuerzo de Gabriel se concentró en llegar al bosquecillo al mismo tiempo que el fugitivo.

Otro relámpago mostró el bosquecillo a menos de trescientos metros; y apenas una docena de pasos separaba al bandido de su perseguidor. Los dos hombres oían perfectamente el ruido de la carrera y los relámpagos resultaban ya innecesarios para la persecución. Y, de pronto, Slutter, sintiendo tal vez que de todas maneras iba a ser alcanzado, se detuvo bruscamente y, en medio de la obscuridad avanzó sigilosamente unos pasos de cos-

tado para engañar a su perseguidor. Pero Gabriel se había detenido también con revólver en mano. No había querido dispararle antes, porque le repugnaba matar a un hombre desarmado, por muy bandido y canalla que fuese éste.

Gabriel estaba seguro que su perseguido estaba cerca y se puso a escuchar. Estalló un relámpago. Los dos hombres se vieron a diez pasos de distancia, ambos dispuestos al combate. El relámpago brilló un segundo solamente, pero Gabriel alcanzó a ver el destello del cuchillo que empuñaba Slutter. ¡No estaba pues desarmado el miserable! Un arma de esa especie en manos de un bandido como Slutter era formidable y peligrosa. El joven disparó rápidamente dos tiros. Pero no sintió ningún lamento, ninguna exclamación de dolor. Había errado los disparos.

Slutter comprendió que estaba perdido si el joven lograba ubicarlo. Se dejó caer al suelo e imitó el

ruido de unos pasos furtivos que avanzaban hacia el sitio donde se hallaba Montrose. Gabriel fué engañado y disparó sucesivamente los tres tiros de su revólver.

A la tercera detonación, Slutter se levantó y se dejó caer otra vez pesadamente en el suelo, lanzando una exclamación de dolor. Luego... un minuto de espantoso silencio planeó sobre la noche. Gabriel, aunque creía haber herido o muerto al adversario, no se movió y aguzó sus oídos para escuchar y recoger cualquier rumor.

De repente, a poca distancia del suelo, las miradas de Gabriel fueron atraídas por una fosforescencia semejante al brillo de los ojos de un león. Y aquella pequeña claridad fosforescente, avanzaba, avanzaba... lentamente. Y de pronto Gabriel comprendió. Aquella pequeña luz fosforescente era uno de los ojos del bandido que avanzaba arrastrándose.

Sin moverse, el joven llevó su diestra a su cuchillo de monte y lo desenvainó. En ese mismo instante, como si el bandido hubiese visto su gesto en la obscuridad, se produjo el asalto. Pero el cuchillo de Slutter sólo encontró el vacío, mientras que el cuchillo de Montrose hería de paso el hombro de Slutter.

El bandido lanzó un rugido y se revolvió tirando espantosas cuchilladas. Pero todos sus gestos eran espiados y evitados hábilmente por Gabriel Montrose. Los ojos del bandido, que brillaban como brasas, servía al joven de aviso. Un relámpago surgido de las profundidades de la llanura envolvió silenciosamente a los dos adversarios.

Ambos se hallaron cara a cara, las hojas de sus cuchillos se entre-

chocaron. Y de nuevo la obscuridad. Un galope de caballos que se acercaba rápidamente al sitio de la lucha, llenó de excitación al bandido. Lanzando rugidos de rabia empezó a maniobrar locamente su brazo armado de su cuchillo formidable. Quería terminar de una vez esa lucha que pronto sería interrumpida por la llegada de los demás perseguidores.

Otro relámpago. Montrose estaba agachado, esperando que se acercara su adversario en la obscuridad, observando sus ojos de fuego. El relámpago fué suficiente. Santiago descargó su revólver, una, dos, tres veces en dirección donde había divisado la inconfundible figura del bandido. Este lanzó un grito de agonía... A la luz de una mecha resinosa encendida por Malek, vieron el cuerpo de Slutter tendido en el suelo. Estaba inmóvil. Pero Niembé, que desconfiaba todavía de aquel bandido, sin aguardar orden de sus jefes, disparó su fusil sobre el cuerpo inmóvil. Pero nada, ni el menor sacudimiento vino a mostrar que el bandido conservaba todavía un átomo de vida. Las balas de Santiago Merande habían hecho justicia.

—Yo lo estaba esperando para hundirle mi cuchillo en el vientre, dijo Montrose. Sus ojos que relucían como brasa fueron en verdad mi salvación, pues dieron todas las ventajas.

La lluvia había cesado y las nubes se abrían lentamente para mostrar el fondo del cielo enjoyado con sus constelaciones que brillaban con la esplendidez de collares de diamantes. En la selva se escuchaba el rugido del león y el grito mortificante de los chacales.

# ¿QUIEN RAPTO?

CAPITULO XVI



1. Mientras dos hombres se apoderaban de Jeff Warren, el jefe de los cuaterros ordenaba a uno de sus hombres: —¡Bart, monte rápido y detenga el caballo de Warren!



2. Carol Henson y su hermano Jim andaban en busca de Jeff, cuando de pronto vieron surgir un caballo a toda carrera. —¡Mira, Jim, ese es Chocolate, el caballo de Jeff.



3. Jim se aprontaba para correr en persecución de Chocolate, cuando se detuvo al ver surgir detrás del caballo de Jeff a un vaquero que lo seguía con intención de llevarlo.



4. Ocultos detrás de la roca, Carol y Jim no fueron vistos por el vaquero que llevó a Chocolate y se lo llevó consigo. —¡Jeff está en peligro! exclamó Carol inquieta.



5. Siguiendo el rastro del vaquero, pronto llegaron los dos hermanos a la entrada del túnel secreto disimulado con el espeso ramaje y cuyo suelo no era sino un riachuelo.



6. Mientras tanto, en el valle secreto, Jeff había sido amarrado sólidamente, mientras por su parte, los cuaterros se entregaban a la tarea de cambiar la marca de la doble V.

# A HENSON?



7. Jim y su hermana Carol habían llegado al final del túnel secreto y divisaron a Jeff prisionero de los cuatreros. —¡Jeff necesita nuestra ayuda! murmuró el jovencito.



8. Jim vió que los cuatreros estaban muy distraídos en marcar las reses robadas y al momento discurrió un plan para ayudar a Jeff. —¡Espérame aquí! dijo a su hermana.



9. Al transpasar la boca del túnel Jim se echó al suelo y siguió arrastrándose por detrás de las rocas en dirección del sitio donde se hallaba prisionero Jeff Warren.



10. De este modo el jovencito llegó junto a Jeff y le susurró por detrás: —¡Silencio, Jeff, soy Jim y vengo a salvarlo! En el acto Jim cortó con un cuchillo las amarras de Jeff.



11. Terminada su tarea, Jim puso un revólver en las manos de Jeff que permaneció como si todavía estuviese amarrado. —¡Ocúltate detrás; ya vienen! exclamó Jeff Warren.



12. Los cuatreros habían terminado ya la tarea de marcar las reses robadas y llegaron junto a Jeff. —¡Ahora vas a pagar caro tu intromisión! le dijo Jackson con tono amenazante.

(Continuará)

# LA HIJA DE LA LUNA

## II PARTE

Después de tan crueles sufrimientos llamaron al anciano y le suplicaron que se apiadase de ellos y les mostrase la Princesa, pero él se limitó a contestar que, como no era su padre verdadero, no podía obligarla a obedecerle contra sus deseos.

Al recibir una réplica tan severa, los cinco caballeros decidieron marcharse a casa, pensando en la mejor manera de mover el corazón de la orgullosa Princesa, aunque sólo les concediese una audiencia. Cogieron el rosario y, arrodillados ante sus dioses pidieronles atendiese el deseo de su corazón.

Volvieron a casa del cortador de bambúes. El anciano escuchó atento sus quejas, pues sentía que su hija adoptiva fuese tan orgullosa. Por lo tanto, fué a ver a la princesita Luz de la Luna y le dijo:

—Aunque siempre me has parecido un ser celestial, me he desvelado por educarte como si fueras mi propia hija y tú te has mostrado siempre feliz de mi protección. ¿Te negarás a satisfacer mi deseo?

—Estoy dispuesta a hacer por ti todo lo que sea posible en el mundo, pues te honro y quiero como a mi propio padre.

El anciano feliz al oír aquellas palabras de sumisión, le dijo:

—Yo ya soy un viejo de ochenta años, mi vida puede acabar de un momento a otro. Es conveniente que veas a esos pretendientes y te decidas por uno de ellos, porque quiero verte protegida y feliz antes de morir.

—¡Oh! ¿Por qué? exclamó Luz

de la Luna con tristeza. ¿Eso he de hacer? ¡No deseo casarme!

—Hace años, porfió el anciano, te encontré cuando eras una chiquita de solo tres pulgadas en medio de una luz blanca muy refulgente. La luz salía de un bambú donde estabas metida y me condujo hasta ti. Puedes permanecer tranquila si ese es tu deseo, pero un día dejaré de existir y ¿quién cuidará de ti?

Ante tales razones, la princesita contestó que debía poner a prueba a los que la pretendían. Los cinco guerreros debían demostrar su afecto, trayéndole de lejanas tierras algo que ella deseaba poseer.

Aquella noche los cinco caballeros dieron una serenata a la princesita Luz de la Luna y el cortador de bambúes salió a verles y les comunicó que la princesa se casaría con aquél que le trajese lo que ella pidiera.

Aceptaron los caballeros la prueba y la consideraron una buena medida.

La princesa Luz de la Luna hizo saber al primer caballero que exigía de él que le trajese la escudilla que perteneció a Buda en la India.

Al segundo caballero le manifestó que fuese a la montaña de Harai, que le trajese una rama del árbol prodigioso que crece en la cumbre. Las raíces del árbol eran de plata, el tronco de oro, y las ramas estaban cargadas de frutos como gemas blancas.

Al tercer caballero le pedía ir a China en busca de la rata de fuego y traer la piel.

Al cuarto le exigió buscarse el dragón que lleva en la cabeza la



Y apareció la Princesa.

pedra que irradia cinco colores y que le trajese la pedra.

El quinto caballero había de buscar la golondrina que lleva un diamante en el estómago y traerle esta joya.

Al anciano le parecieron muy duras de cumplir estas pruebas; pero en vista que la princesa se negó a poner otras condiciones, se apresuró a trasmitirlas.

Sus encargos fueron comunicados palabra por palabra a los cinco caballeros, quienes, al enterarse de lo que se les pedía se desalentaron y, considerándose incapaces de llevar a cabo la misión que se le encomendaba, volviéronse a sus casas, dando por perdidas sus esperanzas.

Pero al cabo de un tiempo volvieron a pensar en la princesa y se les avivó en su corazón el amor hacia ella, y todos tomaron la determinación de presentársele con lo que ella deseaba.

El primer caballero mandó decir a la princesa que aquel mismo día salía en busca de la escudilla de Buda y confiaba podérsela llevar pronto. Pero le faltó valor para realizar el viaje a la India, pues en aquellos tiempos los viajes estaban llenos de dificultades y peligros, y se limitó a ir a uno de los templos de Kioto, y coger una escudilla de pedra que vió en un altar, pagando por ella al sacerdote una crecida suma. La envolvió en una capa de oro, esperó oculto que transcurriesen tres años y luego se la llevó al anciano.

La princesa Luz de la Luna quedó sorprendida al saber que el caballero había regresado tan pronto. Quitó el envoltorio de oro y esperó que la estancia se llenase de luz; pero la vasija no brillaba por lo que dedujo que era una imitación y no la propia escudilla de Buda.

(Continuará)

# El Despertar del Indio

Empezaba a clarear el nuevo día, devolviendo a la naturaleza los colores que las tinieblas había arrebatado durante la noche. Era una aurora de fulgores pálidos, envuelta en tonalidades de oro suave.

Más allá del bosque, donde las aves cantaban su oración de gracia al sol que se anunciaba suavemente, erguía el torreón del fuerte Longotoro, ocupado por los conquistadores. Eran éstos veintidós hombres, veintidós soldados salidos de las filas de aquel ejército asombroso, ante el cual dos mundos se inclinaban.

Cuando el sol mostró su faz sonriente sobre un pico de los Andes, ya la guarnición del fuerte estaba en pie y el jefe daba algunas órdenes a sus soldados. Nada había acontecido durante la noche; los indios no habían dado señales de vida y esta conducta de los bárbaros hacía tiempo que dejaba respirar tranquilos a los habitantes de Angol. Empero, el capitán Vallejo, corregidor de Angol, se mostraba inquieto ante tal tranquilidad. La experiencia le había enseñado que la paz sólo era una tregua, después de la cual la guerra se encendía nuevamente, más encarnizada, más odiosa, más terrible que nunca. Por eso, todos los días recomendaba la mayor vigilancia al jefe de la guarnición de Longotoro. Este, un viejo alférez que dos años antes había venido del Perú, al oír la recomendación volvía disimuladamente el rostro para sonreír. *Quechua o araucano* ¿qué más daba? Y cuando don Hernando Vallejo (que bien conocía las diferencias) abando-

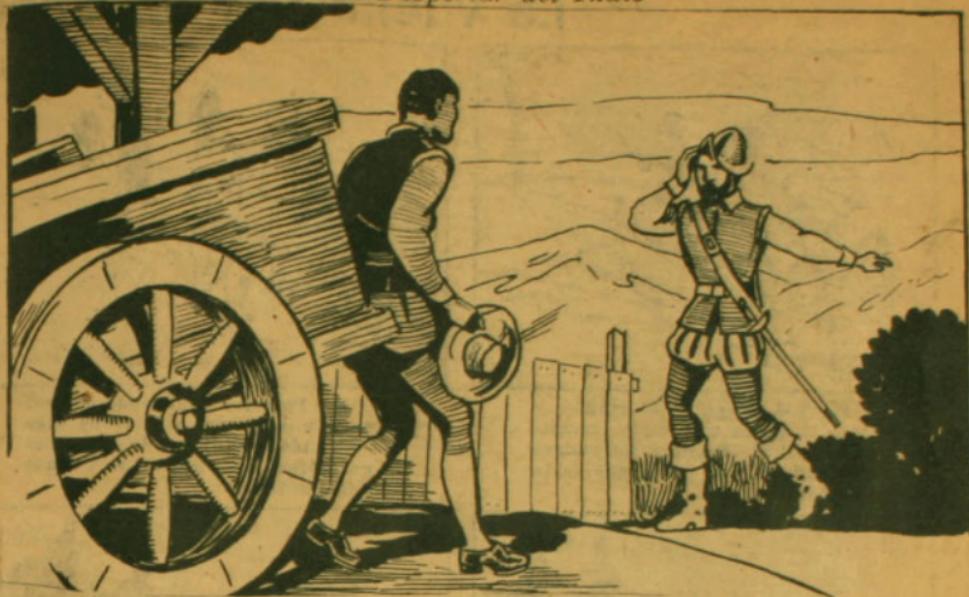
naba el fuerte para volver a la ciudad, el viejo alférez decía a sus hombres:

—¡Vamos, muchachos! Idos a recoger fresas que buena falta nos hacen para entretenernos.

Y aquella mañana radiante de luz y de alegría, tres soldados salieron del fuerte en busca de fresas. Media hora había transcurrido cuando volvió corriendo uno de ellos y con el horror pintado en su semblante contó cómo sus dos compañeros sorprendidos en una espesura habían sido atravesados por las lanzas indias...

—Capitán, por todas partes resuena el grito guerrero de los aucas —decía a don Hernando un indio yanacona (1),— Longotoro está sitiado y la muerte se cierne sobre los que guardan el fuerte. La nación entera escuchará la voz de Pelantaro e invocará a “Epunamún”. El auca es como el cóndor, acecha largo tiempo su presa y cae de improviso sobre ella. Sólo el gran jefe español (2) podrá contenerlo. ¿Quiere el capitán que Nabalburi vaya a buscarle?

El noble capitán se quedó pensativo mientras los ojos del indio lo miraban con fijeza extremada. Desde mucho tiempo abrigaba el pensamiento de que la calma de los araucanos era sólo aparente. Así habíalo advertido repetidas veces al Gobernador. Había acompañado a don Alonso de Sotomayor en las pasadas campañas y sabía de las altiveces y orgullo araucanos. Conocía el poder de la oratoria india en el Consejo de los Toquis. La lengua rica y vibrante de los aucas



De improviso regresó espantado uno de los era la chispa que encendía la hoguera de la guerra.

Alzó la mirada hacia Nabalburi, y respondió:

—La verdad habla por boca de Nabalburi; el yanacona posee un caballo que compite con el viento. Yo le daré un papel que habla para que lo lleve al gran jefe español.

Contestó el indio:

—Nabalburi quiere partir cuanto antes para traer socorro a sus amigos españoles. Mañana antes que el sol haya terminado su carrera, Nabalburi estará de vuelta con el Gran Jefe.

El indio pronunciaba las palabras con un tono de extraña exaltación; mientras tanto don Hernando Vallejo escribía a don Martín Oñez de Loyola, el gobernador, que a la sazón se hallaba en Imperial...

Montado en su veloz corcel, Nabalburi partió con el ímpetu del viento. La población de Angol le miraba alejarse, con la bella espe-

ranza de un auxilio. El hijo de aquellas hermosas tierras de Purén indomable, cruzó la llanura y cuando Angol, que dejaba tras sí, se esfumó en el horizonte, se detuvo bruscamente. En la inmensa quietud de la campiña su oído finísimo recogió del viento que pasaba el eco de un fragor: era el cañón de los conquistadores que vomitaban sobre los indios, esclavos sublevados, la muerte y la destrucción.

Bien había hecho el capitán Vallejo en no exponer la ciudadela acudiendo en auxilio de Longotero. Los indios habrían dado buena cuenta de él en la llanura; mas no así, defendiéndose tras las murallas de Angol. El fuego de las cullebrinas y de los arcabuces mantendrían a raya a los indios hasta la llegada del Gobernador.

(1).—Los yanaconas eran indios al servicio de los españoles.

(2).—El gobernador Martín Oñez de Loyola.  
(Continuará)

# La vuelta tan deseada



1. Todo llega en el mundo, y llegó el día en que, entre carcajadas y alegría, Pepito y sus amigos han llegado a la tierra que tanto han deseado.



2. Pero van avanzando sin ver nada y esto tiene a la tropa algo escamada; ya dudan de sus dotes geográficas y sospechan de bromas sismográficas.



3. Encuentran a dos damas encumbradas, tristes y enlutadas; dicen palabras incoherentes y Chochi, así sentencia: ¡Están dementes!



4. No ven ni un hombre, en el tiempo que llevan de camino. El llanto de las damas les aterrca cuando les dicen que estalló la guerra.



5. Pepito toma entonces sus medidas, para acabar la guerra y salvar vidas. Parten Chochi y los monos, emisarios con caracteres plenipotenciarios.



6. Cuando llevan andado una semana, llegan al campamento una mañana. Los centinelas cortan el paso, pero los tres ministros no hacen caso.

# resulta algo accidentada



7.—El jefe al ver a Chochí tan valiente, le recuerda, y le ofrece sonriente su negra mano de leal amigo, y les dice: venid, venid conmigo.



8. Al saber la llegada de Pepito, dice el jefe, ¡Caray, buen amigo!, prepárese la escolta a acompañarle, que Pepito si quiere, ha de salvarme.



9. Y el jefe, como véis, nada orgulloso, en cuanto ve a Pepito, presuroso le abraza; y entre tanto los lanceros aplauden entusiasmados y sinceros.



10. Tres intérpretes tiene, nada menos, Pepito ¡y que los tres son de los buenos! Le relatan la guerra y sus horrores y de las causas dan los pormenores.



11. Y así con los detalles que recibe, un plan fantástico concibe. Traza un plano con todos los detalles, bosques, montañas, pueblos, ríos, valles.



12. Este plan, que resulta colosal, le aprueban en el cuartel general. El Jefe dice, vaya, no me apuro, el triunfo con Pepito es muy seguro.

# PASATIEMPOS

El lector, por Alej

Reemplazar cada raya por una letra, de modo que se lea lo siguiente:

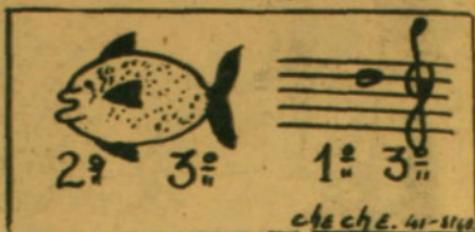
- 1.— Animal.
- 2.— Nombre femenino.
- 3.— País sudamericano.
- 4.— Provincia de Chile.
- 5.— Metal.
- 6.— Color.



Jeroglífico, por Arpe



Charada ilustrada, por Cheche



Adivinanzas

1.— Una sierpe frágil y ligera  
Que pega vulecos en su madriguera,  
De tal condición,  
Que a muchos es causa de su per-  
(dición)

2.— Me hallo en los escritores,  
En las casas de comercio;  
Todos los ojos me miran  
Para ver lo que contengo.  
Mi vida está limitada;  
Mis días están contados  
Y el día que a morir voy  
Ya se sabe de antemano.

Jeroglífico, por Briosen



Soluciones de los Pasatiempos del N.º 15

Jeroglífico, por Arpe.— Sobre-  
todo.

Pepito, por Cheche.— 1.— Ele-  
na; 2.— Lirio; 3.— Casco; 4.— Or-  
deñar; 5.— Lunes; 6.— Eliana;  
7.— Grillo; 8.— Intervalo; 9.— Alá;  
10.— Lápiz.

Charada ilustrada, por Cheche.  
— Bofetada.

Jeroglífico, por Alej.— Carreto-  
neros.

## Adivinanza ilustrada

¿Cuál es el santo más chico del calendario?



## Premios de los Pasatiempos del N.º 14

Mereció el premio de \$ 5.— Nino por su jeroglífico.

Habiéndose recibido muchas soluciones exactas, hemos sorteado 5 premios, correspondiendo \$ 5.— a Jacobo Vargas Ada, Avenida Playa Ancha 171, Valparaíso.

\$ 5.— a Hernán Contreras, Viña del Mar.

\$ 5.— a Enriqueta Godoy, 4 Norte 809, Talca.

\$ 5.— a Oscar Cotapos, Roberto Espinoza, 1720, Santiago.

\$ 5.— a Rodrigo Sandoval, Freire 915, Concepción.

Los favorecidos pueden pasar por sus premios a 10 de Julio 1140, los Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Los de Provincia se servirán solicitarlos por carta dirigida al Director de esta revista.

## Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

### OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de . . . . . \$ 200  
5 " " . . . . . " 100  
10 " " . . . . . " 50

Cortes de género.

Cortes de casimir.

Baterías de cocina.

Medias.

Suscripciones semestral a

"EL COLEGIAL".

Pelotas de fútbol.

Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.

Radios.

Zapatos para niños.

Zapatos para niñas.

Tazas de porcelana.

Calcetines.

Juegos de Té.

Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

# CORRESPONDENCIA

*Tío Atilio.*— Excelentes sus dibujos y también el cuento que nos envía.

*Alej.*— Irá su dibujo en pasatiempos.

*Nefato.*— Trataremos de complacerle respecto a la novela que Ud. nos pide. Aceptado como colaborador de "El Colegial". Quedamos esperando sus nuevas colaboraciones.

*Elvia.*— Los cupones para el sorteo de Diciembre se canjean en todas nuestras agencias de provincias. Ahora si usted quiere remitirlos a la Dirección de esta revista envíenos un sobre listo para devolverle los respectivos boletos.

*Alvaco.*— Con todo gusto le acogemos entre nuestros colaboradores. Envíe los cuentos que ha compuesto para "El Colegial" y serán publicados. Su poesía la daremos pronto.

*Danvi.*— Bonito su cuento y entrará al concurso que tenemos en

perspectiva. Oportunamente se publicará ilustrado por alguno de nuestros dibujantes.

*Malvaloca.*— Agradecemos sus calurosas felicitaciones por el éxito de "El Colegial", revista que ya cuenta con gran número de lectores y colaboradores. Sus versos irán en Vergel Infantil. Quedamos esperando sus nuevas producciones.

*L. O. H.*— La página femenina está destinada a muchas niñas que les agrada verla en su revista preferida.

*Nena Vidal.*— Puede usted suscribirse directamente a esta revista enviando su valor por giro postal o telegráfico a la Dirección de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago. Se le atenderá como lo indica desde el primer número.

*Rex.*— Gracias por sus felicitaciones tan entusiastas. Ha quedado incorporado a la falange de colaboradores de "El Colegial". Bueno su dibujo.

*Nino.*— Como siempre muy simpáticos sus cuentecitos. Pronto verá publicado el titulado "El Príncipe Marino".

*Recort.*— Trataremos de complacerle dándole la serial que solicita.

*Eva.*— Canjee sus cupones oportunamente y la suerte puede favorecerle con un Radio, Bicicleta o cualquier premio en dinero de los muchos que tenemos para nuestro Gran Concurso del 20 de Diciembre. Cuatro cupones dan derecho a un boleto.

## GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA  
EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN  
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE  
CONCURSO.

CUPON N.º 5

EL SECRETARIO



**TAUROCERASTES PATAGONICUS  
PHIL**

El género *Taurocerastes* es propio de Chile y fué establecido por el sabio Dr. R. A. Phillippi, tanto por el tamaño como su forma y los notables caracteres de la especie. Es propio de la Patagonia austral, y que por ésto fué bautizado con el nombre específico de *patagonicus*. La brevedad de su abdómen y la presencia en los muslos anteriores, de una mancha formada por una pubescencia apretada y tendida, son caracteres que lo acercan de un modo manifiesto al género de los *Geotrupidae*. Vive y se desarrolla en el excremento de vacunos, es un Coprofago, sus nidos los construye en el suelo, hace galerías casi verticales a más de cincuenta centímetros de profundidad. Estas galerías las abastece con estiércol, de esta materia se alimenta en su estado adulto y también pone aquí sus huevos, las larvas se alimentan como los adultos de estiércol.

**LA ORTIGA BRAVA**  
**LOASA ACANTHIFOLIA DESV.**

Familia: *Loasáceas*

Con el nombre de ortiga brava se designa a todos los representantes de las *Loasáceas*. Se conoce a esta planta además con el nombre de ortiga macho. Sin duda que deben su nombre a los medios de defensa, (pelos urticarios), los que hacen que sea temida por hombres y animales.

Para diferenciarlas de la especie común y de la ortiga caballuna, se la designa también como ortigas en flor, por sus grandes y vistosas flores.

Tallos, hojas y tubo calcinal están cubiertos de numerosos pelos rígidos urticarios. Observados bajo el microscopio, se presentan como un largo tubo, cuya base cónica está incrustada en una especie de cesto formado por la epidermis. Las paredes del tubo están impregnadas en su parte superior de sílice, que le dan aquella rigidez y fragilidad. El efecto producido por nuestra ortiga es mucho mayor que el producido por la especie del género *Urtica*.

En las cercanías de las ortigas se encuentran siempre arbustos de paquí.

Pueden emplearse las ortigas en el tratamiento del reumatismo. Posiblemente el líquido de los pelos urticarios contenga un principio que neutraliza el ácido úrico.

El tallo ramoso y resistente puede alcanzar hasta 1 m. de altura.

Las flores están reunidas en cimas, 12 veces dicótomas.

El fruto es una cápsula en forma de maza, que se abre en 5 valvas. Las numerosas semillas están distribuidas en 4-6 filas.

Abunda la ortiga brava desde Concepción hasta Chiloé, siendo predominante entre las *Loasáceas* del Sur.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



# SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS



1. El rector mister Gafas envió a los niños al parque a cortar el tronco de un árbol con el fin de hacer profundos estudios de botánica. Don Copucha iba con ellos.



2. Don Copucha, con el pretexto de que él era jefe, se dedicó a fumar la cachimba, mientras Bombolito y su compañero sudaban la gota gorda trabajando sin descanso.



3. Y cuando el tronco fué derribado, don Copucha se sentó encima y obligó a los buenos muchachos a que tiraran del tronco como de un cochecito para guagua.



4. Pero don Copucha era bastante pesado y no le venía que se hiciera el guagüta. Y el resultado fué que se cortaron los cordeles que servían de tiro.



5. Pero el impulso era demasiado grande para que el tronco se detuviera y siguió avanzando como un tanque sobre la nieve, sin que don Copucha lograra frenarlo.



6. Y como un verdadero tanque se llevó por delante el triciclo de un muchacho repartidor de pastelería que, justamente, venía a hacer la entrega al colegio.



7. Mientras don Copucha se lamentaba a caballo en el tronco, Bombolito y su compañero se pusieron a recoger los ricos panes que se esparcieron por en el suelo.



8. Y para colmo de remate, apareció mister Gafas y dándose cuenta de lo ocurrido, ordenó: —Usted, don Copucha, pague los perjuicios a este pobre muchacho.